

La página viva

Un gato en el pasillo

José de la Colina



Juan García Ponce

El gato apareció un día y desde entonces siempre estuvo allí. No parecía pertenecer a nadie en especial, sino a todo el edificio. Incluso su actitud hacía suponer que él no había elegido el edificio, haciéndolo suyo, sino el edificio a él, tal era la adecuación con que su figura se sumaba a la apariencia de los pasillos y escaleras. Fue así como D empezó a verlo, por las tardes, al salir de su departamento, o algunas noches, al regresar a él: gris y pequeño, echado sobre la esterilla colocada frente a la puerta del departamento que ocupaba el centro del pasillo en el segundo piso. Cuando D, vencido el primer tramo de las escaleras, daba la vuelta para tomar el pasillo, el gato, gris y pequeño, un gato niño todavía, volvía la cabeza hacia él, buscando que su mirada encontrara sus ojos extrañamente amarillos y ardientes en medio del suave pelo gris. Luego los entrecerraba un momento, hasta convertirlos en una delgada línea de luz amarilla, y volvía la cabeza hacia el frente, ignorando la mirada de D, que, sin embargo, seguía viéndolo, conmovido por su solitaria fragilidad y un poco molesto por el peso inquietante de su presencia. Otras veces, en lugar de en el pasillo del segundo piso, D lo encontraba de pronto acurrucado en uno de los rincones del amplio hall de la entrada o caminando despacio, con

el cuerpo pegado a la pared, ignorando el aviso de los pasos ajenos. Otras más, aparecía en alguno de los tramos de la escalera, enroscado entre los barrotes de hierro, y bajaba o subía delante de D, poniéndose en movimiento sin volverse a mirarlo y apartándose de su paso cuando estaba a punto de darle alcance para volver a enroscarse alrededor de los barrotes, tímido y asustado, a pesar de que al dejarlo atrás, D sentía la amarilla mirada sobre su espalda.

En su cuantiosa obra narrativa el escritor mexicano Juan García Ponce (Mérida, Yucatán, 22 de septiembre de 1932-Ciudad de México, 27 de diciembre de 2003) trató principalmente del tema del erotismo como modo de relación, de encuentro y desencuentro y causa de unión o conflicto entre los seres. Su gran obra definitiva acaso sea *Crónica de la intervención*, donde una multitud de personajes de distintas capas sociales viven relacionados, encontrados, desencontrados, enfrentados por lo que he llamado la Circulación del Deseo. En casi todas las páginas de sus novelas, cuentos y

ensayos ese tema mayor avanza como un río de aguas lentas pero poderosas aun si son íntimas y secretas, luminosas u oscuras. En las páginas de García Ponce, escribió Octavio Paz en el prólogo al libro de relatos significativamente titulado *Encuentros*, “asistimos el gradual desvelamiento de un secreto, pero las palabras, al llegar al borde de la revelación, se detienen: el núcleo, la verdad esencial, es lo no dicho”. Me permito añadir: lo no dicho pero por eso mismo más presente, más silenciosamente poderoso.

La página que he escogido es el íncipit de un cuento y trata de un motivo, el de un mero “personaje” felino que ni siquiera tiene nombre pero, a través de precisas anotaciones descriptivas, va ganando presencia, vida, importancia, gracia misteriosa en el relato que luego el autor habría de ampliar en forma de una novela con el mismo título pero con menos misterio. El pequeño gato gris y común, que es presentado aquí con una misteriosa forma de presencia a la vez esquiva y ofrecida, con un suave aunque intenso poder de fascinación, vivirá en el cuento a través de una especie de triángulo erótico, casi se diría un *ménage à trois* en el que va convirtiéndose en vínculo vivo del deseo.

La página es apenas la “presentación formal” del gato, al que no debemos ver como un símbolo del tema erótico, sino como un personaje concreto, individualizado que a lo largo del cuento toma la calidad de un *go-between*, un intermediario en la íntima red de vasos comunicantes tejida, sí, por el Eros.

Y la bella página serenamente tensa palpita a través de las palabras como el mismo animalito sin nombre, pero inolvidable con sus “ojos extrañamente amarillos y ardientes en medio del suave pelaje gris”. Esa mirada que es el eje, la razón de ser del relato. ■